



Intervención del P. Juan José Flores, osb en el acto de entrega del galardón del VI Memorial Pere Tena de Pastoral Litúrgica

LA BELLEZA DE LA LITURGIA

1. CELEBRAR LA BELLEZA Y LA SANTIDAD DE DIOS

La antífona de ingreso de la fiesta de san Lorenzo, tiene como algo propio este texto que nos puede servir de introducción al tema que hemos de tocar:

Confessio et pulchritudo in conspectus eius: sanctitas et magnificentia in sanctificatione eius.

Se trata de un texto sacado literalmente del salmo 95,6. Las traducciones al castellano del texto latino de la Vulgata son muy diversas. Aquí pongo dos versiones distintas con su comentario:

Honor y majestad lo preceden, fuerza y esplendor están en su templo.¹

Delante de él, la majestad y la magnificencia, en su santuario la fortaleza y el esplendor.²

El comentario que tiene la segunda traducción, la de la Biblia de Nácar-Colunga, es el siguiente:

1 *Sagrada Biblia*, Madrid: Conferencia Episcopal Española 2010.

2 *Sagrada Biblia*, Madrid: Nácar-Colunga, BAC 1947.

Todos los pueblos deben conocer las maravillas a favor de su pueblo, pues redundan en su gloria. Como rey soberano, Yahvé tiene un título único de poder: hizo los cielos, lo más excelso de la creación. Como rey soberano del universo lleva de escolta de honor a su majestad y magnificencia, justamente con su fortaleza y esplendor.³

A la presencia de Dios le embargan y le rodean la «*pulchritudo*», la majestad, el honor, la gloria, el esplendor.

Belleza y santidad son el adorno permanente de la divinidad. Por ello nosotros, los cristianos, hemos rodeado su presencia, los lugares de culto, las mismas cosas del culto, de este esplendor y de esta belleza de la que él mismo está lleno y, además, rebosa en nosotros.

Pasamos, por tanto, de la belleza del mismo Dios, a la belleza de estar en la presencia de Dios, cuya apariencia está rodeada de «belleza y esplendor».

Sobre este tema de la belleza divina reflejada en la celebración se habló ampliamente en el Sínodo de Obispos sobre la Eucaristía en el año de 2005. Luego se plasmó en un bello texto de la Exhortación apostólica del papa Benedicto XVI *Sacramentum caritatis*, que dice así:

La relación entre el misterio creído y celebrado se manifiesta de modo peculiar en el valor teológico y litúrgico de la belleza. En efecto, la liturgia, como también la Revelación cristiana, está vinculada intrínsecamente con la belleza: es *veritatis splendor*. En la liturgia resplandece el misterio pascual mediante el cual Cristo mismo nos atrae hacia sí y nos llama a la comunión. En Jesús, como solía decir san Buenaventura, contemplamos la belleza y el fulgor de los orígenes. Este atributo al que nos referimos no es mero esteticismo sino el modo en que nos llega, nos fascina y nos cautiva la verdad del amor de Dios en Cristo, haciéndonos salir de nosotros mismos y atrayéndonos así hacia nuestra verdadera vocación: el amor. Ya en la creación, Dios se deja entrever en la belleza y la armonía del cosmos (cf. Sb 13,5; Rom 1,19-20). Encontramos después en el Antiguo Testamento grandes signos del esplendor de la potencia de Dios, que se manifiesta con su gloria a través de los prodigios obrados en el pueblo elegido (cf. Ex 14; 16,10; 24,12-18; Nm 14,20-23). En el Nuevo Testamento se llega definitivamente a esta epifanía de belleza en la revelación de Dios en Jesucristo. Él es la plena manifestación de la gloria divina. En la glorificación del Hijo resplandece y se comunica la gloria del Padre (cf. Jn 1,14; 8,54; 12,28; 17,1). Sin embargo, esta belleza no es una simple armonía de formas; «el más bello de los hombres» (Sal

3 M. GARCÍA CORDERO, *Biblia comentada. Libro de los Salmos*, Madrid: BAC 1961, p. 449.

45[44],33) es también, misteriosamente, quien no tiene «aspecto atractivo, despreciado y evitado por los hombres [...], ante el cual se ocultan los rostros» (Is 53,2). Jesucristo nos enseña cómo la verdad del amor sabe también transfigurar el misterio oscuro de la muerte en la luz radiante de la resurrección. Aquí el resplandor de la gloria de Dios supera toda belleza mundana. La verdadera belleza es el amor de Dios que se ha revelado definitivamente en el misterio pascual. La belleza de la liturgia es parte de este misterio; es expresión eminente de la gloria de Dios y, en cierto sentido, un asomarse del cielo sobre la tierra. El memorial del sacrificio redentor lleva en sí mismo los rasgos de aquel resplandor de Jesús del cual nos han dado testimonio Pedro, Santiago y Juan cuando el maestro, de camino hacia Jerusalén, quiso transfigurarse ante ellos (cf. Mc 9,2). La belleza, por tanto, no es un elemento decorativo de la acción litúrgica; es más bien un elemento constitutivo, ya que es un atributo de Dios mismo y de su revelación. Conscientes de todo esto, hemos de poner gran atención para que la acción litúrgica resplandezca según su propia naturaleza.⁴

Un texto largo pero que sintetiza muy bien el punto de partida de toda acción litúrgica, donde la glorificación de Dios está en la base –como belleza originaria– de la celebración que el hombre realiza y ejecuta.

Esto es algo que no podemos olvidar cuantos celebramos continuamente los sagrados misterios de nuestra fe.

La vía de la belleza es una puerta abierta al misterio divino según las modalidades humanas. Estas son las coordinadas con las que celebramos la acción sagrada de la liturgia.

Cristo nos ha traído con la belleza de su presencia el amor infinito del Padre hacia la humanidad redimida por su sangre. Como canta un prefacio del actual Misal:

Por él, los hijos de la luz amanecen a la vida eterna, los creyentes atraviesan los umbrales del reino de los cielos.⁵

La presencia de Cristo en toda acción litúrgica es una ausencia que trasparenta la misma obra trinitaria, dado que como dice el *Catecismo* actual:

La liturgia es «acción» del «Cristo total» (*Christus totus*). Los que desde ahora la celebran participan ya, más allá de los signos, de la liturgia del cielo, donde la celebración es enteramente comunión y fiesta.⁶

4 *Sacramentum Caritatis*, núm. 35.

5 Prefacio pascual II.

6 *Catecismo de la Iglesia Católica*, núm. 1136.

2. EL ESPLENDOR DE LA BELLEZA DE DIOS: LA VIA PULCHRITUDINIS

La vía de la belleza es una ventana abierta al misterio divino. Ciertamente,

Jesucristo es la verdadera «imagen del Dios invisible» (Col 1,15), la manifestación plena de la gloria divina, la epifanía de la belleza de Dios... La belleza de Dios se ha revelado así en la carne del Hijo de Dios. Paradoja suprema. Es la belleza del amor anonadado y crucificado, la omnipotencia contraída en la debilidad, la gloria en la cruz. La belleza divina se revela como humildad y anonadamiento de entrega, como kénosis del esplendor y a la vez esplendor paradójico de la kénosis (B. Forte). La verdadera belleza no es sino el amor de Dios, revelado definitivamente en el misterio pascual y capaz de transformar la oscuridad de la muerte en la luz radiante de la resurrección.⁷

Por tanto, esta belleza divina se refleja en la celebración litúrgica y, en modo humano, nosotros recibimos los destellos del reino de los cielos.

La belleza de la liturgia nos hace volver a la belleza divina en un intercambio gozoso del que, nosotros los celebrantes, recibimos las primicias y migajas. Es un encuentro ordenado por aspectos estéticos formales que nos llevan a la arquitectura, escultura, pintura, vestidos litúrgicos, música, palabra, gestos, símbolos. No es esteticismo puramente formal, sino que es más bien un ver y un percibir lo invisible en la visibilidad, lo inexplicable en lo evidente, lo sublime en lo cotidiano, lo inexpresable en lo que vemos y oímos.

La belleza de la liturgia nos lleva directamente al misterio celebrado para la vida de los hombres. Comenzando por la misma música. Los mismos cantos que ejecutamos están directamente relacionados con esta belleza intrínseca que es la santidad de Dios. Pensemos en concreto en el canto del *Sanctus*, canto por antonomasia de la plegaria eucarística. Pensemos en el *Te Deum* que cierra las vigiliat monásticas y el oficio de las lecturas clerical. Pensemos en el *Gloria in excelsis Deo* dentro de los ritos de ingreso de la Eucaristía festiva y dominical. Son cantos sublimes en los que percibimos la belleza y la santidad divina al modo humano. ¿Hay mayor belleza y santidad que la antífona de entrada de la solemnidad de la Epifanía del Señor?:

7 S. DEL CURA ELENA, «Prendados de su hermosura: La belleza reflejo de Dios y vía de acceso a su contemplación», *Estudios Trinitarios* 47 (2013) pp. 437-438.

*Ecce advenit dominator Dominus; et regnum in manu eius et potestas et imperium.*⁸

La Constitución conciliar de liturgia lo expresa admirablemente bien:

En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia.⁹

El Concilio ha privilegiado que los ritos litúrgicos resplandezcan por su noble simplicidad (SC 34) como principio de una auténtica *via pulchritudinis*.

3. CONTEMPLAR LA EPIFANÍA DE SU DIVINIDAD

Si celebrar es epifanía de lo divino, como solía decir Odo Casel, busquemos continuamente el rostro de Cristo en las acciones litúrgicas que celebramos.

La solemnidad de Epifanía, como todo el ciclo de Navidad, es una invitación permanente a contemplar la misma divinidad, una vez que esta se ha encarnado en la persona de Jesucristo. Así lo dice la oración colecta del día la solemnidad de Epifanía:

Concédenos a los que ya te conocemos por la fe, llegar a contemplar cara a cara, la hermosura infinita de tu gloria.

De esta gloria está llena la acción litúrgica. Pero esta es una ley de la misma liturgia en sí. En los *praenotanda* del *Bendicional* leemos:

Glorificando a Dios en todas las cosas y buscando principalmente la manifestación de su gloria ante los hombres... la Iglesia, valiéndose de las bendiciones, alaba al Señor por ellos y con ellos en las diversas circunstancias de la vida, invocando la gracia divina sobre cada uno de ellos.¹⁰

Y el mismo libro litúrgico dice que

las bendiciones miran primaria y principalmente a Dios, cuya grandeza y bondad ensalzan; pero, en cuanto que comunican los beneficios de Dios, miran también a los hombres, a los que Dios rige y

8 *Misal Romano*. Prefacio de Epifanía. La traducción castellana no refleja en absoluto la belleza del texto latino, dice: *Mirad que llega el Señor del señorío: en su mano está el reino y la potestad y el imperio.*

9 SC 7.

10 *Bendicional, Praenotanda*, núm. 12.

protege con su providencia; pero también se dirigen a las cosas creadas, con cuya abundancia y variedad Dios bendice al hombre.¹¹

Glorificar a Dios, santificar su nombre y su memoria, contemplarlo es una ley de la liturgia en sí que se extiende y desarrolla en todas las acciones litúrgicas. No puede haber liturgia si no hay glorificación de Dios y santificación de los hombres. Lo dice claramente la constitución conciliar de liturgia:

Por tanto, de la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin.¹²

Es una idea que se repite diversas veces en dicha constitución, como vemos más adelante:

Por tanto, la liturgia de los sacramentos y de los sacramentales hace que, en los fieles bien dispuestos, casi todos los actos de la vida sean santificados por la gracia divina que emana del misterio pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, del cual todos los sacramentos y sacramentales reciben su poder, y hace también que el uso honesto de las cosas materiales pueda ordenarse a la santificación del hombre y alabanza de Dios.¹³

Esta es la epifanía que contemplamos continuamente cuando celebramos la sagrada liturgia embargados por lo que es y por lo que representa; conscientes de lo que estamos celebrando y llenos de los infinitos matices que nos proporciona en sí la misma celebración.

4. ADORAR SU DIVINA PRESENCIA Y GLORIFICARLO EN MEDIO DE LOS HOMBRES

La belleza de la liturgia nos aparta del discurso racional y lógico y nos introduce en el lenguaje doxológico.

Nos trasladamos al ámbito de la adoración y de la doxología como dimensión transversal y estructurante de la celebración litúrgica. Estimula en nosotros el deseo de un «siempre más» en la experiencia de Dios y el anhelo de ver su rostro cara a cara en la plenitud futura. Nos reenvía en último término al misterio de un Dios «siempre mayor» que de continuo no desborda y nos trasciende.¹⁴

11 *Ibid.*, núm. 7.

12 SC 10.

13 SC 61.

14 CURA ELENA, «Prendados de su hermosura», p. 441-442.

La acción litúrgica se convierte de este modo en una teología en acto y simultáneamente en exponente de la misma Iglesia que en ella se refleja, manifiesta y realiza. Así afirma Juan Pablo II en la Carta apostólica *Spiritus et Sponsa*:

La promulgación de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* ha marcado, en la vida de la Iglesia, una etapa de fundamental importancia para la promoción y el desarrollo de la liturgia. La Iglesia, que, animada por el sople del Espíritu Santo, vive su misión de *sacramento, o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (LG 1)*, encuentra en la liturgia la expresión más alta de su realidad misteriosa.¹⁵

Como dice el cardenal Kasper:

La confesión trinitaria es el resumen y la suma de todo el misterio cristiano, y de ella depende el conjunto de la realidad soteriológica cristiana. Por algo tiene su origen, no en especulaciones de monjes y teólogos, sino en el acto por el que el hombre se hace cristiano: en el bautismo, que en todas las Iglesias se realiza «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».¹⁶

Hemos sido bautizados en el nombre de la Trinidad y esta acompaña toda nuestra andadura sacramental y litúrgica. Cada acción litúrgica y celebrativa es intrínsecamente un don de la Trinidad, pero, a su vez, está abierta al hombre.

Lo podemos ver incluso en el *Vere sanctus* de la plegaria eucarística III del *Misal Romano* de Pablo VI que dice así:

Santo eres en verdad, Padre, y con razón te alaban todas tus criaturas, ya que, por Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, con la fuerza del Espíritu Santo, das vida y santificas todo, y congregas a tu pueblo sin cesar, para que ofrezca en tu honor un sacrificio sin mancha desde donde el sol hasta el ocaso.

5. CONCLUSIÓN: LA SACRALIDAD DE CADA ACCIÓN LITÚRGICA

En una inscripción que se encuentran en el Catolicón de una Lauda del monte Athos y en la capilla de san Nicolás del mismo lugar podemos leer:

Estás contemplando el santuario de la santa mesa del Señor; permanece, pues, temblando, oh hombre, baja los ojos al suelo. Pues ahí

15 JUAN PABLO II, *Spiritus et Sponsa*, núm. 16.

16 W. KASPER, *El Dios de Jesucristo*, Salamanca: Sígueme 2005, pp. 267-268.

dentro es inmolado todos los días el Señor. Y todos los grados del ejército celestial le adoran con santa sumisión y llenos de temor.¹⁷

Odo Casel decía:

Los antiguos cristianos tenían viva la conciencia de que los ángeles están también dondequiera que actúa la *Ekklesia*, del mismo modo que en la Escritura los encontramos tomando parte en todas las fases de la obra redentora. Esto se realiza principalmente en la Liturgia, donde estamos en íntima comunión con los ángeles. Estos actúan con nosotros como diáconos; la sacerdotisa propiamente dicha es la *Ekklesia*. Es ella la que celebra la liturgia.¹⁸

En el altar de oro de la basílica catedral de Cefalú, en Sicilia, de reciente construcción, se halla escrito este texto: *Emmanuel gloria Dei mysteri*.¹⁹ Y la antifona de primeras vísperas de la fiesta de la transfiguración del Señor en la liturgia latina dice así:

*Christus Jesus splendor Patris et figura substantiae eius, portans omnia verbo virtutis suae, purgationem peccatorum faciens, in monte excelso gloriosus apparere hodie dignatus est.*²⁰

Ciertamente la gloria de Cristo manifiesta la gloria del Padre y se nos refleja cuando celebramos los divinos misterios, pero también nosotros, nuestra celebración con todo lo que ella conlleva, debe reflejar aquella gloria trinitaria a la que todos hemos sido llamados.

La sacralidad de nuestra liturgia está asegurada desde su mismo origen. No la podemos rebajar, ni achicar, humillar ni amilantar, puesto que como acción de Cristo en su Iglesia es siempre *splendor Patris*.

Ciertamente, nosotros celebramos como somos, como estamos, como vivimos y en ese contexto recibimos este «don» grande y permanente de Dios hacia nosotros, que es *splendor Patris*. Y este inmenso «don», que Dios nos ha dado en su liturgia, nos llena continuamente de la belleza y santidad divina, hasta el punto de que celebrando la sacralidad nosotros mismos nos sentimos embargados de ella misma y la transmitimos a cuantos la comparten con nosotros.

17 O. CASEL, *Misterio de la Ekklesia*. p. 143.

18 *Íd.*

19 Cf. C. VALENZIANO, *L'altare del Duomo di Cefalù*, Palermo: Arti grafiche siciliane 1991.

20 Jesucristo es el resplendor del Padre, la imagen de su ser; con su poderosa palabra sostiene el universo; él, después de haber llevado a cabo la expiación de nuestros pecados, ha manifestado hoy su gloria desde un monte excelso.